



Renacer de España en la generación del 98

Valentín de Pedro

Conoció, en cambio, a poco de llegar a Madrid, a un muchacho, nacido en Andalucía, como Picasso, pero más arraigadamente, más esencialmente andaluz. Ese muchacho andaluz se llamaba Juan Ramón Jiménez. En Picasso concurren diversas corrientes tradicionales de su raza, en las que se confunden las cualidades de su paisano Velásquez con las del aragonés don Francisco de Goya. Es fuerte, audaz, cosmopolita, para decirlo con adjetivos aplicables también a Darío. Por ese camino encontraría Picasso su universidad; Juan Ramón Jiménez lo encontraría a través de su andalucismo esencial. Se hospedaba aquel muchacho de estampa distinguida, afilado perfil y negros ojos morunos, en una casa de pensión de la Calle Mayor de Madrid, cercana a la Puerta del Sol, casi frente por frente al hospedaje de Rubén Darío, cuya amistad constituyó un hecho decisivo en su existencia. Había leído Azul... y Prosas profanas del poeta nicaragüense, reconociendo en él, inmediatamente, al maestro, y el maestro le recibió con estimación y ternura, porque vio en las rimas y en los ojos de aquel muchacho un lírico fulgor que delataba a un excepcional espíritu. Y desde ese instante se estableció entre ellos -"yo un muchacho que quería ser poeta y el un poeta maduro en la

mejor riqueza de su obra", escribiría Juan Ramón- una amistad firme y verdadera, de toda la vida. Juan Ramón Jiménez, que ya anda con sabios especialistas de enfermedades nerviosas, en busca de alivio para los tormentos de su hipersensibilidad, acude diariamente a visitar a Rubén, no habiendo para él medicina comparable a la de su palabra y su compañía, y sueña con que su nuevo libro lleve prólogo del maestro.

En la habitación de Rubén Darío se encontraba con frecuencia Juan Ramón Jiménez con Ramón del Valle Inclán. Este había estado ya en México y acababa de publicar en Madrid su primer libro. El propio Darío nos ha dejado este retrato suyo de aquellos días, tal como se grabó en su retina cuando lo vio por vez primera:

"Sombrerón de anchas alas, barbas monjiles, gesto militar, palabras estupefacientes, maneras de aristo. El cuerpo delgado bajo un macferland cuya esclavina se convertía por instantes en dos alas de murciélago satánico; los ojos dulces o relampagueantes; y la sonrisa entre la cual se escapaban frases a cortos golpes paradójicos, o buenas, o espantosas. Sobre todo espantosas, "epatantes".

Otros poetas jóvenes le visitan: un muchacho de Almería: Francisco Villaespesa, muy amigo en aquellos días de Juan Ramón Jiménez; dos herma-

nos, andaluces también, de Sevilla: Antonio y Manuel Machado. Y otros jóvenes que, aunque no hicieran versos, veían en aquel poeta hispanoamericano un representante egregio de sus anhelos de renovación literaria, que era también renovación de pensamiento, como Azorín, Pío Baroja, Jacinto Benavente, Ramiro de Maeztu, Bernardo G. de Candamo... Entre estos nuevos amigos se encontraban también Alejandro Sawa, a quien conoció en París, y Francisco Grandmontagne, compañero de sus días -y de sus noches- bonaerenses.

Estos eran sus nuevos amigos, algunos de los cuales se confesaban sus discípulos, y todos sus admiradores. Y éstos eran los que le daban la impresión de un resurgimiento que no pudo ver en los primeros momentos de su llegada, cuando escribió que España no estaba por cierto para literaturas, amputada, doliente, vencida, después de decir:

"He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional; Cánovas muerto; Ruiz Zorrilla muerto; Castelar desilusionado y enfermo; Valera ciego; Campoamor mudo; Menéndez y Peleayo..."

Como vínculo de unión con la España de 1892, la que entonces conoció y de cuyo con-

tacto sintió el halago, quedaban las reuniones de doña Emilia Pardo Bazán, a las que volvió a ser invitado por la insigne escritora, y donde además de escritores famosos -"allí solía aparecer, ya ciego, pero siempre lleno de distinción, anciano impoluto y aristocrático, el autor de Pepita Jiménez"- y otros que tenían su figuración social, acudían "algunas damas de la nobleza que no se ocupaban únicamente en modas, murmuraciones y asuntos cortesanos, sino que gustaban de departir con poetas y escritores". Y departieron con él muy gustosamente.

Rubén Darío entre damas aristocráticas, algunas de singulares encantos y valentía de espíritu, como lo diría él mismo... El poeta acaba de cumplir 32 años. Tiene una bella estampa varonil. Si sus facciones no son correctas, sus rasgos acusan una fuerte personalidad. Hay, además, mucho fuego en sus ojos, y sus gruesos labios parecen rezumar sensualidad. Tiene el prestigio de su nombre, la aureola de sus versos, y por añadidura, la seducción de lo exótico: viene de lejos, ha nacido en las tierras del trópico. Es el personaje indicado para la aventura novelesca con una duquesa o una marquesa, para el idilio cortesano en el que se produce el maridaje del arte y la nobleza.

CONTINUARA...